

VOCES EN LA NOCHE OSCURA

Rafael Sierra

“Envejecer y después morir es el único argumento de la obra”, nos dice Jaime Gil de Biedma en *No volveré a ser joven*, uno de sus poemas más celebrados. Esa misma angustia, la de la inexorabilidad de nuestro destino, late en Javier Pérez desde que este artista bilbaíno cumplió los 40 años. En efecto, es ahora, habiendo alcanzado la cumbre de su edad, cuando ha empezado a ser consciente de que el óbito es el fin inevitable de la vida. ¿Quién piensa en la muerte en las edades alegres? ¿Quién piensa que la nada es el destino último del ser siendo aún joven, adolescente o niño?

Sin embargo, los rituales de la Iglesia ya forman parte de los primeros recuerdos de Javier Pérez. A diferencia de tantas otras personas que se encuentran en su mismo caso, este artista no tiene ningún problema en reconocer que ha recibido una educación religiosa y que está familiarizado con cuanto a la Iglesia concierne desde esa edad feliz de la infancia, cuando aún uno no se interroga sobre si la espiritualidad es un consuelo del ser ante su inevitable destino de volver a ser nada. De ahí que su propuesta esté integrada por dos creaciones de inequívoca raigambre sacra —una recreación de las campanas que llaman a la liturgia y otra del rosario que acompaña la oración—, que aluden asimismo “al inexorable paso del tiempo”, puntualiza el mismo Pérez.

Lamentaciones, la primera de estas obras, es una serie de campanas de vidrio soplado, negro, que penderán del cielo del claustro de forma aleatoria y periférica. Quieren simbolizar un coro de monjes o a una comitiva fúnebre. Los badajos de cada una de estas piezas tienen la forma y el tamaño exacto de los brazos humanos, modelados en vídreo también negro. En una primera apreciación pueden parecer esos exvotos de cera que los fieles cuelgan junto a los altares de algunos templos, en señal de gratitud por los miembros recuperados, a los cristos, las vírgenes o los santos que presiden dichos tabernáculos. Pero el autor explica esos brazos como la primera visión de “unos seres larvados tratando de escapar de sus caparazones vítreos”.

El repique constante de estas campanas, entre las que vamos descubriendo un coro que parece emanar del más atroz de los desasosiegos, viene a componer un inquietante miserere, polifonía que nos recuerda ese destino final al que estamos abocados sin remedio.

Hay algo en la propuesta de Javier Pérez que nos remite a ese saludo de los monjes cartujos en que se recuerda que nacemos para morir. El título de la segunda obra que presenta en esta quinta edición de *Arte en la Catedral de Burgos* tampoco deja lugar a dudas: *Memento Mori* (Recuerda que morirás). Bajo este lema se nos propone un rosario de bronce de quince metros en el que las cuentas son cráneos humanos y las cruces, grilletes. Situado en el suelo, junto al crucero central del patio, guarda una interrelación con la instalación de las campanas, viniendo a recordarnos que para nosotros no hay penitencia posible.

Aunque la crítica ha ido a ver en la ambivalencia una de las constantes en la obra de Javier Pérez, este artista sabe que el espectador de su obra en el claustro catedralicio, en general, no va a ser ese experto que frecuenta las bienales de arte. De ahí que haya querido evitar la polisemia a toda costa. Por eso recurre a elementos tan contundentes como los brazos y las calaveras, que bien podemos entender como restos mortales.

Ya en lo que a la propuesta de Alberto Corazón se refiere, aunque parezca una perogrullada, hay que empezar por situarse. Y es que es a un ámbito especialmente predispuesto para la liturgia al que el académico nos remite: el espacio ocupado por el templo con anterioridad a que éste se edificara.

Los templos nunca se han alzado impunemente, allí donde el mesías de la divinidad que iba a venerarse entre sus muros ha creído oportuno. Muy al contrario, desde la noche de los tiempos, se ha alabado a las divinidades en ciertos lugares especialmente aptos para la exaltación de la espiritualidad. Previamente consagrados a los dioses, sin duda por decisión de los dioses mismos, para que sus fieles les veneraran en ellos.

“Témenos”, llamó Homero a ese claro en el bosque que albergó los cultos a tantas divinidades paganas. Alberto Corazón se hace eco del poeta griego y *Témenos* titula su obra. Más allá del bosque propiamente dicho, el artista entiende esos ámbitos especialmente aptos para lo sagrado como lugares vacíos de todo vestigio cultural, empezando por el tabernáculo donde se oficia la liturgia. Uno de esos claros, uno de esos espacios abiertos, es lo que viene a simbolizar su propuesta. Desde esta perspectiva, nos remite al lugar que va a ocupar el templo: al solar del claustro de la Catedral de Burgos antes de que ésta se construyera.

Así las cosas, el artista nos propone una liturgia en torno a lo que para los antiguos filósofos eran los tres elementos básicos: el agua, el fuego y la tierra. Pero también eran, como recuerda Corazón: “el fundamento mismo de la construcción, del adobe, y por lo tanto, anteriores al templo espiritual y materialmente”.

Nada más entrar en la propuesta de Alberto Corazón, recibe al visitante el agua de una pila bautismal, erguida sobre columnas de madera. El bronce de la pila está patinado en verde y pulido hasta que todo se ha reflejado en él con la misma calidad que en un espejo. A la izquierda de la pila, un gran mural que evoca el fuego. Unas llamas míticas para el artista, las que prendían en la zarza de Moisés cada vez que el profeta invocaba a Yahvé enfadado con los hebreos. Alberto Corazón quedó fascinado con aquel prodigio siendo aún un niño, cuando escuchaba las lecturas del Viejo Testamento en las clases de Historia Sagrada.

Otra lectura, muy posterior —la de *La noche oscura* de san Juan de la Cruz, “una de las mayores manifestaciones de la espiritualidad amorosa de todos los tiempos”, a decir del artista—, es la que inspira el segundo espacio de *Témenos*. En él se reproducen, con una tipografía manual, lo suficientemente exquisita como para permitir su perfecta lectura, los ocho hexámetros que conforman las ocho *Canciones del alma* de *La noche oscura*.

Integra asimismo este segundo espacio de *Témenos* un altar donde los elementos tradicionales de la liturgia son sustituidos por esas tres palabras que inspiran al artista: agua, fuego y tierra. Tres elementos que son también los tres motivos que *estampan* las casullas que perfectamente podría vestir el oficiante de la liturgia.

Pero el fin último de Alberto Corazón no es la celebración de ningún rito, sino provocar en el espectador de *Témenos* cierto fulgor, que como Walter Benjamin, viene a llamar “el aura” de la creación artística. Esto no es otra cosa que aquella capacidad de las obras de arte para conmovernos. Capacidad que se asemeja a esa predisposición para lo sagrado del *Témenos*, de ciertos claros de bosque, de ciertos ámbitos aún no contaminados por nuestra cultura.